

del hombre! Le presenta el término á que ha de aspirar, para satisfacer su deseo de felicidad; le da como medios de llegar á él, cuanto es y cuanto tiene; y le enseña el modo de usar de todo, para que en todo encuentre la satisfaccion de sus inmensos deseos. Segun ello, pues, Dios no es para el hombre un bien accesorio, accidental y pasajero; es un bien final, esencial y necesario; y el alma humana, con toda la fuerza de su voluntad, con toda la impetuosidad de su instinto, busca á Dios aun en las cosas que le apartan de él. El sábio, buscando la verdad, busca á Dios, verdad esencial; el artista, el literato, buscando la belleza, buscan á Dios, ideal de toda belleza. El hombre que quiere gozar busca el bien, busca bienes que no acaben; y la belleza suprema, la verdad eterna, el bien infinito, es Dios. Por ello decia San Dionisio, el hombre no puede menos de buscar á Dios en todo lo que conoce, en todo lo que ama (1). Yerra, como dice San Pablo de los filósofos antiguos, que adoraron como Dios á la criatura para satisfacer sus pasiones (2): pero en esto mismo, elevando á las criaturas, para adorarlas, á un rango divino, prueba que tiene un instinto, una inclinacion natural á acercarse á Dios, á estar en su compañía, á unirse íntimamente con él, para ser participante de su felicidad.

Y ¿cuál es el lazo de esta union? La caridad, hermanos míos, el amor. No puede ser otro. Ese lazo ha de nacer de la naturaleza de los séres, que se buscan para unirse; ha de haber relacion simpática entre ellos. La naturaleza de Dios es amor (3); y amor es la del hombre,

(1) S. Dionys. Areopag., de divin. nominib.
 (2) Rom. I, 25.
 (3) I Joann. IV, 8.

semejante á Dios. Entre todas las pasiones del hombre, la reina es el amor: ni una respiracion de su pecho, ni un latido de su corazon sin amor, porque él es la vida del corazon, y el que no ama está como muerto (1). Hé aquí por qué Dios resume todo lo que quiere del hombre, en estas palabras: «Me amarás con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas (2).» Hé aquí por qué compendia todo lo que promete al hombre en la tierra en esta otra frase de Jesucristo: «Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos á él, y pondremos nuestra morada en su corazon (3).» Hé aquí, finalmente, por qué San Pablo dice, que en el cielo desaparecen la fe y la esperanza, y solo subsiste la caridad (4). Es, Señores, que Dios quiere la felicidad de su criatura: y la paz que la produce, dice el venerable Beda, solo la da el amor de Dios cuando entra á llenar el corazon del hombre (5). Grande es, exclama San Lorenzo Justiniano, grande es el don de la caridad, por la cual se alcanza la paz en una y en otra vida. A medida del grado de la caridad, se consigue el descanso de la paz y del goce divino. Donde aquella falta, falta tambien la paz del alma, la esperanza de la eterna recompensa; porque la paz del alma que ella produce, es un bien suave y agradable, por el cual la conciencia se conserva sin mancha, se destierra la tristeza, se aleja la desconfianza, se eleva el espíritu en contemplacion sublime, y poseyéndose el hombre á sí

(1) Qui non amat etiam dum vivit, mortuus à corde est: vita enim cordis, amor est. (S. Thom. Villan., Conc. I in Dominic. XVII post Pentec.)

(2) Matth. XXII, 37.

(3) Joann. XIV, 23.

(4) I Corint. XIII, 8, 13.

(5) In quocumque corde Deus per gratiam sui adest amoris, omnem tempestatem compressam facit. (Beda in Marc. cap. 6.)

mismo, se acerca á Dios, sobreabunda de gozo interior, se hace amable al prójimo, y sobre todo amado de Cristo. ¡O descanso dichoso y paz suave del corazón, que el mundo no conoce, ni experimenta la prudencia de la carne, y que el pecador ignora totalmente! ¡Cuán deliciosa eres, cuántas grandezas se predicán de tí! Introdúcelte en mi corazón, que te ama y desea tu casto desposorio (1).

Dios es caridad, dice San Juan; y el que vive de caridad está en Dios y Dios en él (2); porque el amor confunde las voluntades, confunde los pensamientos, confunde en uno dos seres: por ello, enseña San Agustín, que así como el que ama la tierra se hace tierra, el que ama á Dios se hace Dios (3). Dios ama al hombre, y la gran manifestación de su amor está en la Encarnación. Se hizo hombre y habitó con nosotros, y se dió á nosotros (4). El hombre que ama á Dios se acerca á él, se da á él, se hace como Dios. De esta manera, mutuamente enlazados por el amor y como confundidos, son como

(1) Maximum charitatis est donum per quod utriusque vitæ intratur in requiem. Juxta charitatis gradum, pacis ac fruitionis requies prærogatur. Ubi deest charitas, abest pax mentis ac spes certa remunerationis æternæ. Est quidem mentis tranquillitas suave quoddam, jucundumque bonum, per quod conscientia impolluta servatur, propulsatur mœror, abjicitur diffidentia, erigitur in contemplatione animus, suimet possessor efficitur, propinquus fit Deo, lætus in se, amabilis proximo, atque præcipue dilectus à Christo. ¡O beata requies, ò cordis delicata tranquillitas, quam nescit mundus, carnis non experitur prudentia, et penitus peccator ignorat. ¡Quam suavis es, et quam gloriosa dicta sunt de te! Cordi meo, præcor, illabere, quoniam tui amator sum, et tuum contubernium habere concupisco. (S. Laur. Just. in festo Ss. Apost. Simon. et Judæ.)

(2) I Joann. IV, 16.

(3) Amando Deum efficitur Dii, ergo amando mundum, efficitur mundus. (S. Aug. Serm. 121 de Script.) Talis est quisque, qualis ejus dilectio: terram diligis, terra es; Deum diligis, Deus es. (Id. apud Lhonner Bibliot. man. concion., tit. Charitas.)

(4) Joann. I, XIV; Isai. IX, 6.

un solo ser con una misma felicidad. Esto buscó el primer hombre, creyendo á la serpiente, que le dijo: Sereis como dioses (1). Erró el camino, y no logró su objeto. ¿Podemos conseguirlo nosotros? Sí, Señores. Dios mismo nos enseña el medio: está en ese Sacramento augusto, en la sagrada Eucaristía, Sacramento de amor, vínculo de caridad y fuente inagotable de felicidad, que hace que por la Comunión el hombre se una á Dios, viva de Dios, sea como Dios.

SEGUNDA PARTE.

En el amor se encuentran dos pensamientos que le constituyen: unión con el amado; posesión del amado. El término es la unificación del amado con el amante (2). Examinad el amor, aun en el hombre de pasiones, en el que se deja arrastrar por el amor impuro, y descubriréis la verdad de lo que acabo de decir. No puede separarse un momento de su ídolo: lejos de él todo le es enojoso, nada le contenta; la vida misma le cansa y es pesada. En él piensa durante el día; en sus ensueños preocupa su fantasía. Ved con qué afán busca los objetos que le recuerdan su memoria; cómo imprime los lábios en su imagen; con cuánta satisfacción usa las cosas que tocara su mano. Así engaña su deseo de alimentarse del objeto amado, de identificarse con él, y de formar de dos almas, de dos cuerpos, de dos personas, una sola. ¿No habeis meditado cómo una madre, cuando ha agota-

(1) Gen. III, 5.

(2) Amor vim habet faciendi unum, et colligandi præstantique modores inter se miscendi. (S. Dionys. de divin. nominib., cap. 4.)

do las frases que le inspira el amor que tiene al fruto de sus entrañas, inspirada por la naturaleza, y arrebatada por el sublime frenesí de su noble pasión por su hijo, exclama que quisiera comérselo? Esa frase, pues, que brota del corazón, lo dice todo; retrata la naturaleza y el deseo del amor. Escuchad los suspiros de amor que del pecho del Profeta Rey se exhalan y elevan á Dios: «Como el ciervo desea la fuente de las aguas, así mi alma te desea á ti, ¡ó Dios! Mi alma tiene sed de la fuente viva. ¿Cuándo vendré y estaré en tu presencia, Dios mío? (1) Entonces me saciaré en la aparición de tu gloria (2).» Oid también á la enamorada de los Cánticos: «¿Quién me dará, hermano mío, que te encuentre é imprima mis labios en tu frente, para que ya nadie me humille? Te abrazaré, y te introduciré en la casa de mi madre. Allí me enseñarás y te daré á beber el mosto de mis granados: su izquierda bajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará (3). He encontrado al que ama mi alma; le he encontrado, téngole abrazado, y no le soltaré jamás (4).» Así también, dice San Juan Crisóstomo, Job, para expresar el amor que le tenían sus criados, dice que exclamaban: «¿Quién nos dará que nos alimentemos de su carne?» (5)

Siempre el amor, Señores, en su último grado, tiende á hacer desaparecer la dualidad, para que la unión sea consumada en todo su sér; en el cuerpo y en el es-

(1) Psalm. XLI, 2, 3.

(2) Id. XVI, 15.

(3) Cant. Cantic., VIII, 1, 2, 3.

(4) Id. III, 4.

(5) Job quoque servorum suorum amorem in ipsum indicans, dicebat, quod sæpe illi ipsum valde amantes dicebant: ¿quis dederit nobis, ut de ejus carnibus saturemur? (S. Joann. Chrys. in Epist. ad Corinth., Hom. 28; Job. XXXI, 31.

píritu, como en el corazón (1). Y como el medio más á propósito para unirse íntimamente á una cosa y asimilarse es comerla, de aquí que el amor en su último esfuerzo anhela esta alimentación. Hé aquí el milagro que Jesucristo ha obrado en su infinito amor al hombre, y lo ha hecho porque podía: propio es del amor llegar al último límite de lo posible. Después de hacerse hombre y víctima por el hombre, su amor no está satisfecho, porque puede hacer más, y la ley suprema del amor pide que lo haga; exige que se convierta en alimento del hombre, y lo consiente, lo quiere, lo hace realmente. «Como amase á los suyos, los amó hasta el fin, hasta el extremo (2).» Toma en sus manos el pan, alimento ordinario del hombre, toma el vino, que tantas veces degrada la razón del hombre, y consagrándolos, y cambiando su sustancia en la de su propio cuerpo y su propia sangre, dice á todos y á cada uno de los hombres: «Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre (3): mi cuerpo es verdadera comida, mi sangre verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él; vive en mí y yo en él; vive de mi misma vida (4).» ¡Maravillosa analogía, amados míos! Para devolvernos la vida del alma, la felicidad verdadera, Jesucristo se vale de los mismos medios de que se valió el autor del mal para llevarnos á la muerte. Arrastrándose á los pies de la primera madre, como vil serpiente, nos perdió Satanás, diciéndole: «To-

(1) Hæc est enim amoris proprietas, secundum Dionysium: transformare diligentem in dilectum. (S. Thom. Vill. in Fer. III Paschat., Conc. de Pace.)

(2) Joann. XIII, 1.

(3) Matth. XXVI, 26.

(4) Joann. VI, 56, 57, 58.

mad y comed: sereis como dioses (1).» Así tambien Jesucristo, en su inmenso amor y para reparar aquellos males, nos dice: «Tomad y comed: si comeis este pan, que es mi cuerpo, y bebeis este vino, que es mi sangre, estareis en mí y yo en vosotros; sereis como dioses (2).»

¡Qué grandeza nos da esta union con Jesucristo en la Eucaristía! ¡Ah! ¡Cuán bello es contemplar las armonías de este Sacramento, y descubrir en él la consumacion de la grande obra de Jesucristo para restaurar al hombre, y hacerle inmensamente feliz en la union con Dios! Así como Dios en la creacion, primero formó el cuerpo del hombre, luego le infundió el alma, y despues le puso en el Paraiso de las delicias, para que lo labrase y se alimentase de sus frutos (3), así tambien en la regeneracion, primero nos une al cuerpo de Jesucristo, nos hace hermanos y miembros suyos, hijos de Dios en el bautismo, y poniéndonos en el jardin delicioso de la Iglesia, nos infunde el espíritu vivificador en la Confirmacion, para que trabajemos en la práctica de las virtudes, y comamos el fruto de la vida, el pan de los ángeles, el cuerpo y sangre de Jesucristo. El alma, trasportada al mundo de la gracia, necesita un alimento propio de la grandeza de su nuevo estado de hija de Dios. Dios mismo es su alimento: Tomad y comed, este es mi cuerpo, dice Jesucristo (4). Elevada á esa altura, su vida ha de ser toda divina. Jesucristo le dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, vive de mi misma vida (5).» Habitadora de una region que es la puerta de una eternidad de gloria, ha de tener una vida eterna, no morirá ja-

(1) Gen. III, 5.

(2) Joann. loc. cit.

(3) Gen. II, 7, 15.

(4) Matth. XXVI, 26.

(5) Joann. VI, 58.

más (1). Unida á Dios, ha de tener un lazo inefable que la haga una misma cosa con Dios. Jesucristo concluye diciéndole: «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él (2).» Hélo aquí todo: la Eucaristía alimenta al alma, le da vida, y vida eterna; le da una participacion de Dios, de la vida de Dios; le da, en fin, el derecho á la gloria de Dios. Así es como se obra el misterio de nuestra regeneracion y nuestra elevacion; así es como se realiza la promesa de la serpiente: *Eritis sicut Dei*.

Repitamos las palabras del Profeta: «Señor, oí tu palabra y temí: consideré tu obra y quedé pasmado.» ¿Quién es el hombre para que así te acuerdes de él, y pongas cerca del suyo tu corazón? (3) Débil polvo, que el menor viento esparce, hoja que el huracan arrebatara y arrastra por do quiera, ¿merece que emplees en él la omnipotente fuerza de tu brazo, y derrames en su corazón todos tus tesoros? ¡Ah! Es que ese polvo, compaginado por la mano de Dios, encierra un alma hija de Dios, imagen de Dios, esposa suya y heredera de su gloria; y Dios la ama, y Dios la quiere toda hermosa, la quiere eternamente feliz; y porque enemigos formidables amenazan robarle esa prenda de su predileccion, y empañar su belleza, y arrastrarla por el fango, Dios viene á ella para defenderla, para hacerla invencible, dándole su fortaleza y su misma vida; y porque esa alma no puede llegar al colmo de la felicidad sin unirse íntimamente á su Criador, se le da todo en este Sacramento para apagar esa sed que el amor excita. ¡O hombre! decia San Agustin, Dios quiere elevarte hasta él y hacerte Dios, no por

(1) Joann. VI, 59.

(2) Id. 57.

(3) Job. VII, 17.

naturaleza como al Verbo, á quien enjendra de su sustancia, sino por don de su amor y por adopcion. Y así como su Verbo haciéndose hombre se hace participante de tu inmortalidad, así, elevándote hasta él, te comunica su inmortalidad (1). ¡O hombre, añade San Lorenzo Justiniano, te se ha dado para elevarte hasta él y alimentarte de él mismo; ni puedes de otro modo satisfacer tu hambre y apagar el ardor de tu caridad sino en él mismo, que es el verdadero Cordero, la Víctima inmaculada, el pan y el Señor de los Angeles. Te se ha dado por compañero de tu peregrinacion, luz en tu ignorancia y remedio de tu debilidad (2). Todo se le da, dándosele él mismo en la Eucaristía. ¡Dios en nosotros, Señores! Dios y nosotros formando una sola cosa. Lo que el hombre, con toda su ambicion y su deseo de igualarse á Dios, no se atreviera á pedir, se lo da Dios por puro amor, por el deseo de comunicarle su felicidad y su misma vida. Este es el exceso del amor de Dios; el colmo de la felicidad del hombre. Este Sacramento, que se dice y es con toda propiedad la extension de la Encarnacion, reitera en cierto modo y particulariza en cada uno de los que le reciben, lo que una sola vez se verificó en el seno de la Inmaculada María: la union de la divinidad con la carne humana. Jesucristo en él se hace nuestra carne de

(1) Deus deum te vult facere; non natura, sed dono suo et adoptione, Sicut ille per humanitatem factus est particeps mortalitatis tuæ; sic te per exaltationem facit participem immortalitatis suæ. (S. Aug., Serm. 166 de Scripturis.)

(2) Præbuit se ut te elevaret ad se, ut te nutriret de se. Nec aliunde cordis tui famem æstuantemque charitatis ardorem refrigerare quæreres quam ex ipso, qui verus est agnus, immaculata victima, panisque angelorum et Dominus. Exhibuit se, ut tuæ peregrinationis sit comes, ignorantiae tuæ lux, infirmitatis tuæ remedium. (S. Laur. Just., Serm. de Christi Corp.)

una manera particular, incorporando en nosotros la suya, y uniéndonos á su divinidad, sin absorbernos en ella, más para que nuestra union sea tanto más íntima, cuanto más personal. Si la gracia nos hace templo de Dios, segun San Pablo (1), y en frase de San Pedro, participantes de la divina naturaleza (2), ¿cuánto más nos hace templo de Dios y como parte de Dios la Comunion Eucarística, en que se nos da y tenemos dentro de nosotros al Autor de la gracia, su humanidad y su divinidad, su poder y su amor; en una palabra, tenemos al Infinito?

Pero le tenemos, no con una union de afecto, dice San Cirilo de Alejandría, no como un amigo en el corazon del amigo, sino con una union perfecta y natural: porque así como poniendo al fuego un pedazo de cera cubierto con una capa de la misma materia, de las dos se forma una sola, así, por la participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, él se une á nosotros y nosotros á él (3). Notad, añade San Juan Crisóstomo, que San Pablo, para expresar esta union, no usa la palabra participacion del cuerpo de Cristo, sino la de comunicacion, más significativa que aquella, porque no solo comemos y percibimos, sino que nos unimos y comunicamos. Así como aquel cuerpo está unido al Verbo, así nosotros por la Comunion nos unimos á Cristo (4). Apo-

(1) II Corint. VI, 16.

(2) II Petr. I, 4.

(3) Hic animadvertere operæ pretium est, Christum non dicere se dumtaxat in nobis futurum secundum relationem quamdam affectualem, sed et per participationem naturalem. Ut enim si quis ceram ceræ indutam igne simul liquaverit, unum quid ex ambabus efficit, ita per Corporis Christi, et pretiosi Sanguinis participationem, ipse quidem in nobis, nos autem rursus in eo simul unimur. (S. Cyrill. Alex., Comm. in Joann., lib. 10.)

(4) ¿Et panis quem frangimus nonne communicatio Corporis Christi est? ¿Cur non dixit participatio? Quoniam voluit aliquid amplius significare, ac magnam conjunctionem ostendere. Non solum enim quod su-

yados, dice San Fulberto, en la autoridad del divino Maestro, nos atrevemos á decir que por la Comunión nos incorporamos con él, y hechos una misma cosa permanece él en nosotros, no solo por la concordia de voluntades, sino por la realidad de la naturaleza unida; porque si el Verbo se hizo carne, y nosotros recibimos ese Verbo-carne, no podemos menos de reconocer que Cristo permanece en nosotros (1). El efecto de la comunicacion del cuerpo y de la sangre de Cristo, es el de trasformarnos en lo que recibimos, y hacer que llevemos en nuestra alma y en nuestro cuerpo á aquel con quien por el bautismo estamos muertos y sepultados espiritualmente (2).

Hé aquí la grande obra del amor divino. Emmanuel, Dios con nosotros, Dios en nosotros, Dios dado en alimento á nosotros. ¡Qué amor! Cuán bien puede decirnos Jesucristo despues de esto: Hijos míos, ¿qué más puedo hacer por vosotros? (3) ¡Qué medio tan poderoso

mamus et percipiamus, sed et quod uniamur communicamus. Quemadmodum enim Corpus illud Christo unitum est, sic et nos illi per hunc panem unimur. (S. Joann. Chrysost. in Expos. Epist. 1 ad Corinth., Hom. 24.)

(1) Magistri auctoritate animati, dum Corpori ejus et sanguini communicamus, audenter fatemur nos in Corpus illius transfundi, et ipsum in nobis manere. In nobis ipsum manere dico, non solum per concordiam voluntatis, sed per naturæ unitæ veritatem. Si enim Verbum caro factum est, et nos vere Verbum carnem cibo Dominico sumimus, ¿quomodo non naturaliter Christus in nobis manere existimandus est, qui et naturam carnis nostræ jam inseparabilem sibi, homo natus assumpsit, et naturam carnis suæ, ad naturam æternitatis sub Sacramento nobis communicandæ carnis adhibuit? Ita ergo in Deo sumus, quia et in Christo Pater est, et Christus in nobis est. (S. Fulbert. Carnot., Epist. 1 de Vener. Euch. Sacram.)

(2) Non aliud agit participatio Corporis et Sanguinis Christi, quam ut in id, quod sumimus, transeamus; et in quo commortui et consepulti sumus, ipsum per omnia et spiritu et carne gestemus. (S. Leo, serm. 14 de Pass.)

(3) Gen. XXVII, 37.

para llegar á la felicidad! Él es la fuente de aguas vivas que salta hasta la vida eterna (1). Él es el único camino para engrandecerse el hombre y tener en su corazón el Bien supremo, que constituye la felicidad y la vida del alma. Acercaos á él y saciaos, exclama San Ambrosio, porque es el pan verdadero; acercaos á él y bebed, porque es la fuente de aguas vivas; acercaos á él y sereis iluminados, porque es la luz verdadera que ilumina al mundo de la gracia; acercaos á él y os vereis libres de la tiranía de las pasiones, porque donde está el espíritu de Dios hay libertad; acercaos á él y sereis perdonados, porque es la víctima, es el Cordero que quita los pecados (2). Oidle á él mismo que dice: «Yo soy el pan de la vida: el que viene á mí no tendrá hambre, y quien cree en mí no tendrá sed jamás (3).» ¡Cuán de distinta manera habló á la Samaritana sobre los efectos de la comunicacion con las criaturas! El que bebe del agua del pozo de las criaturas, tendrá otra vez sed (4), porque no puede satisfacerle más que un momento, como vaso de agua que se da al calenturiento, que solo produce momentáneo consuelo. Solo el que bebe del agua que yo le daré, no tendrá más sed, dijo Jesucristo á aquella mujer (5). Y á los judíos: No el pan que os dió Moisés, sino el que da mi Padre trae la vida al mundo (6). Si no coméis este pan, que es mi cuerpo, y bebeis esta agua,

(1) Joann. IV, 14.

(2) Accedite ad eum, et satiamini, quia panis est; accedite ad eum, et potate, quia fons est; accedite ad eum, et illuminamini, quia lux est; accedite ad eum, et liberabimini, quia ubi Spiritus Domini, ibi libertas; accedite ad eum et absolvimini, quia remissio peccatorum est. (S. Ambr. Exposit. in Psalm. CXVIII.)

(3) Joann. VI, 35.

(4) Id. IV, 13.

(5) Id. id.

(6) Id. VI, 32.